

culpa de las disposiciones gubernativas en toda época vituperables, de la insostenible carga de los impuestos ni de la dureza con que se realizaban, sino en gran parte á las interminables guerras de su amo, contra cuyas empresas se pronunció con noble franqueza en repetidas ocasiones, pero siempre sin resultado.

En las relaciones del Estado con la Iglesia era Colbert defensor acérrimo y enérgico de los derechos del primero. Quería reducir paulatinamente con medidas adecuadas el personal eclesiástico que se componía en aquel tiempo en Francia de 87,000 frailes, 80,000 monjas y más de 100,000 clérigos seculares; pero este proyecto se estrelló contra la resistencia de todo el clero y de sus amigos reunidos. Pudo lograr, sin embargo, reducir los 44 días festivos menores á 17, verdadera obra de bendición en favor de la riqueza y moralidad públicas; dió además una orden que prohibía la creación de nuevos conventos sin el asentimiento expreso del monarca; y si en Francia desapareció ya á fines del siglo XVII la creencia en brujas y duendes, corresponde la gloria principalmente á Colbert que en cambio cargó con el odio y la hostilidad implacable de las almas «piadosas» y de la camarilla de los devotos, á la sazón ya poderosísima en la corte de Francia, que no desperdició ocasión ni medios para derribarle.

Más peligroso que las cábalas del partido fanático se hizo para Colbert su colega Louvois, que no perdonaba al pequeño y humilde ex-dependiente del ministerio su elevación é influencia. Colbert por su parte le solía hacer una fuerte oposición, temiendo siempre que causara con su carácter fogoso y brutal la ruina del país. Esta hostilidad entre sus dos principales ministros era muy del gusto del rey, para el cual era una garantía que jamás se uniesen para gobernarle á él, y que nunca le pudieran ocultar nada de lo que hiciesen y tramasen el uno y el otro. Para esto procuraba con suma habilidad conservarlos á los dos, y animar tan pronto al uno como al otro con muestras de su favor y confianza, sin que ninguno tuviese una preponderancia definitiva sobre su compañero; porque ambos le eran indispensables. Si Colbert en su ramo era irremplazable, tampoco podía reemplazarse á Louvois, sin el cual jamás habría logrado Luis XIV formar aquel ejército que no tardó en ser el primero del mundo.

El joven ministro de la guerra trabajó sin darse descanso en la perfección del ramo militar. Fijó el número igual de plazas que en adelante habían de tener todos los regimientos de infantería y los de caballería. De un número determinado de regimientos formó una brigada, cuyo jefe había de ser nombrado por el rey y cuyo empleo no podía comprarse. De este modo facilitó el gobierno y manejo de las grandes masas, cosa tanto más necesaria, cuanto más numerosos iban haciéndose los ejércitos. Para apreciar el mérito y la necesidad de esta disposición basta tener presente que entre el mariscal ó teniente general que mandaba un cuerpo de 30,000 hombres y el coronel de caballería que mandaba 400 hombres no existía entonces ningún jefe intermedio.

Otra disposición más importante todavía fué la creación y separación de las diferentes armas. Louvois fué el primero que creó un cuerpo especial de artillería. Antes de él había solo oficiales de artillería que sacaban de la infantería la gente para el servicio de las piezas cuando la necesitaban, y la devolvían á sus filas luego que había concluido el trabajo. Los arrastres corrían á cargo de bagajeros. Louvois formó 3 grandes regimientos de 44 compañías, exclusivamente para este objeto, y además una compañía de granaderos destinados á arrojar á las filas enemigas granadas de mano, y que solo fueron suprimidos un siglo después cuando los fusiles, ya perfeccionados y aumentado su alcance hicieron superfluas

las granadas de mano. También organizó el arma especial de los dragones, que eran entonces una infantería en el combate pero que montaba en las marchas para trasladarse más pronto á los puntos donde convenía. Esta clase de tropas existía ya desde fines del siglo XVI, y se utilizaba en guerrillas y avanzadas; pero Louvois formó un importantísimo y numeroso cuerpo de esta arma. En 1676 fundó el cuerpo de ingenieros que hasta entonces solo había existido en el ejército español, y junto con este nuevo cuerpo creó algunas compañías de mineros para emplearlos en los sitios. De esta manera mejoró, perfeccionó y adaptó más el ejército francés á las nuevas exigencias de la guerra, de la táctica y de la ciencia de fortificación.

Hasta su tiempo se vestía cada soldado como quería y podía, y las huestes opuestas solo se distinguían por las banderas y fajas de los oficiales y el grito de guerra. Louvois comprendió la importancia del uniforme, ya para velar mejor sobre la disciplina, ya para dificultar la desertión, ya para facilitar al general en jefe la orientación en las batallas; y con poco gasto logró introducir esta nueva mejora.

Partiendo del principio de que el que manda debe conocer perfectamente las obligaciones del que obedece y lo que manda, dispuso que para pretender al cargo de oficial fuera condición precisa haber servido dos años de soldado raso; y que solo el mérito personal y práctico diese derecho á ser oficial y no el nacimiento solo, por cuya razón admitió también á personas que no pertenecían á la nobleza entre la oficialidad, y no pocos cabos y sargentos ascendió á tenientes. Los oficiales recibieron orden rigurosa de instruir á las tropas de su mando y hacer con ellas puntualmente ejercicios, cosa que hasta él jamás se le había ocurrido á nadie en ningún país (1).

Inútil es decir que la alta nobleza, acostumbrada á proceder en el ejército con la misma independencia soberana, insolente y caprichosa como en sus castillos y aldeas, se mostró muy poco dispuesta á sufrir la tutela, á cumplir las órdenes y á ejecutar las tareas que le imponía el nieto de un «villano», pero Louvois con su voluntad de hierro arrolló todos los obstáculos que se le oponían y redujo á los más recalcitrantes á la obediencia aplicando inflexible los más duros castigos á los que faltaban, sin consideración á personas ni categorías. Instituyó inspecciones perennes, y los que maltrataban á los individuos de tropa, los que les cercenaban y defraudaban el sueldo ó los uniformes y los que se señalaban por su laxitud é indolencia en el servicio, fueron invariablemente despedidos y según el caso castigados además con el encierro.

De esta manera hizo Louvois del ejército francés el primero del mundo, ya por su organización, ya por su valor intrínseco y su número, sirviendo luego de modelo solicitadamente imitado por todos los demás gobiernos europeos, cuando 30 ó 40 años antes, en la guerra de los Treinta Años había sido todavía muy inferior al imperial, al español y al sueco. Para excitar la emulación entre los individuos y oficiales del ejército instituyó los cuerpos escogidos que formó de los soldados y jefes más distinguidos en todos los conceptos de los demás cuerpos; en la caballería el regimiento de la casa real (*la maison du roi*) de 3,400 plazas y en la infantería la guardia francesa y suiza.

El arma de caballería fué aumentada hasta 47,000 hombres, sin contar 10,000 dragones; la infantería de línea á 120,000 hombres y la de guarnición á 100,000. A contar desde el año 1679 se añadió la bayoneta á los fusiles ligeros de chispa, con cuya mejora fueron desapareciendo hasta

(1) Excepto entre los antiguos romanos.

(N. del T.)

fines del mismo siglo para siempre los pesados mosquetes con su mecha, así como las picas.

Un ejército semejante era una cosa inaudita, y tan numeroso no se había visto ninguno desde las cruzadas; pero también en cambio aseguró á la Francia la preponderancia sobre todos los demás Estados, los cuales tuvieron que imitar forzosamente á su amenazadora rival cargando con el gasto y trabajo consiguientes. No se contentó Louvois con haber creado, en el espacio de dos decenios, un ejército tan colosal, tan disciplinado y tan perfectamente organizado. Sabía que la manutención, aprovisionamiento y armamento defectuosos eran el gran obstáculo á una movilidad rápida y exacta de las masas y la causa principal de la indisciplina; así creó además de los parques, almacenes fijos y volantes con lo cual dobló la eficacia del ejército francés dando á sus movimientos mayor rapidez, acierto, extensión y consistencia. Desde entonces acá ha estado el ejército francés siempre á punto de entrar en campaña.

Louvois sabía también que el soldado obedecía de mejor gana, y soportaba con alegría los duros trabajos y peligros de la guerra cuando veía que se le cuidaba con solicitud y se le reservaba un porvenir tranquilo y seguro; y en su consecuencia fundó hospitales fijos y ambulantes para los soldados enfermos y heridos; y en 1670 en el llano de Grenelle cerca de París un suntuoso palacio para los inválidos de la guerra.

Fué también Louvois el que supo conocer el mérito del hombre, á quien debió posteriormente la Francia más que á nadie su salvación en la guerra de sucesión. Era Vauban, hijo de una familia noble y pobre; huérfano desde su infancia, que se había ya distinguido en las primeras guerras en tiempo de Mazarino como en el reinado mismo de Luis XIV, principalmente en los sitios de las plazas fuertes. A este confió Louvois la dirección general del arma de ingenieros militares.

Vauban, célebre como inventor de un nuevo sistema de fortificaciones, no fué realmente sino perfeccionador del sistema antiguo, que ensanchado y mejorado supo con grandísimo talento variar según los accidentes topográficos y adaptarlo á todas las circunstancias. Construyó 33 fortalezas nuevas y perfeccionó 300 plazas fuertes existentes. Los baluartes que levantó y reforzó en todas las fronteras hicieron á su patria invencible para el arte de la guerra de aquella época. Mayor celebridad merece Vauban si cabe por su entonces nuevo sistema de ataque, y muy especialmente por la invención de las paralelas en los sitios, con lo cual aseguró al ataque la ventaja sobre la defensa; y este sistema forma todavía el fondo de la ciencia de los sitios de hoy. Dirigió personalmente con éxito feliz 53 sitios, y se jactaba de poder fijar para cada plaza fuerte el número de días al cabo de los cuales la tomaría infaliblemente. A todo esto agregaba Vauban un profundo conocimiento y estudio de las ciencias políticas, y más adelante veremos también sus trabajos en este ramo.

Tanto talento, tanta capacidad iban unidos á un carácter noble y desprendido, á una integridad y un desinterés superiores á toda sospecha, y lo que en su tiempo era rarísimo, á una solicitud extraordinaria por el bien de todo el género humano y de cada individuo en particular. Estas cualidades hicieron á Vauban popularísimo en su país; toda la Europa le celebró y los enemigos mismos le admiraron y colmaron de distinciones y honores.

Incanablemente llevó á cabo su grandioso plan de establecer una triple cadena de fortalezas, destinadas principalmente á asegurar las fronteras oriental y septentrional de su patria, cadena contra la cual efectivamente debían estrellarse

después los ejércitos victoriosos de Marlborough y del príncipe Eugenio.

CAPITULO VI

EL ATAQUE POR SORPRESA DIRIGIDO CONTRA LA HOLANDA

Con su administración centralizada, su hacienda perfectamente organizada y administrada, su excelente y numeroso ejército, encontrábase la Francia de Luis XIV superior á todos los demás países y podía hacer sentir el peso de su brazo irresistible en los sucesos del mundo.

El rey deseaba, ante todo, quitar á la Holanda todos sus aliados y aislarla. Lo primero era pues deshacer la triple alianza, para lo cual le sirvió de mucho la ceguera política de De Witt, hombre aferrado y apasionado ante todo á su partido, que nada veía ó que no quería ver nada de las intrigas francesas dirigidas contra su país.

Si De Witt no ofrecía dificultad, más fácil era disponer de Carlos II; éste se ofreció él mismo.

La paz poco gloriosa que Inglaterra se había visto obligada á firmar en Breda con la pequeña república su vecina, había suscitado hasta en el parlamento, tan realista y adicto á Carlos II, tal tormenta, que el primer ministro de la corona, el canciller conde Clarendon no tuvo más remedio que dimitir y abandonar el país á toda prisa. Era este sujeto honrado, pero de pocos alcances, conservador hasta la terquedad, adicto á la religión y á la antigua constitución de su país, fiel al principio monárquico y al rey; de suerte que la caída de un hombre tan recto, amonestador molesto y vigilante, fué muy grata al mismo soberano. No se le ocurrió que con esto establecía un precedente importante, por el cual reconocía la corona el derecho del parlamento de eliminar aquellos servidores del rey que no fuesen de su gusto, es decir, la preponderancia del parlamento sobre el rey; mas por lo pronto parecía que Carlos había calculado bien, porque la caída del ministro le reconcilió con la nobleza rural, ó *country party*, franca y leal, que hasta entonces le había hecho la oposición como partido opuesto al de la corte, y el rey aprovechó la ocasión para formarse un ministerio á su gusto. El pueblo dió á este ministerio el nombre de *cabal*, que quiere decir, cábala ó intriga, nombre que se formó con las letras iniciales de los cinco individuos que lo componían. Dos de ellos eran caracteres insignificantes, pero los otros tres pertenecían á la clase de los hombres políticos más corrompidos de aquel reinado inmoral. Claro está que semejantes hombres no se habían de oponer en nada á la conspiración del rey contra la constitución que había jurado, contra la fe del 95 por 100 de sus súbditos y contra la grandeza de su país. Carlos II, para procurarse los medios de satisfacer su vida relajada, para destruir la influencia del parlamento, y para entronizar en Inglaterra el catolicismo de que era secreto adepto, necesitaba dinero y fuerza armada, aquel siempre y esta cuando lo exigían las circunstancias; y para proporcionarse uno y otra se hizo vasallo de la Francia. Este servilismo traidor de Carlos, cabalmente para con la Francia, el país más odiado de los ingleses entonces, servilismo que continuó después sirviendo de norma á su sucesor Jacobo II, es una de las fases principales de la vida de estos príncipes y fué la causa de la pérdida de toda la dinastía de los Estuardos.

Después de muchas negociaciones y exigencias de Carlos y regateos de Luis, que había ganado á favor de sus proyectos y partido también á la querida del monarca inglés lady Castlemaine, declaró Carlos II en noviembre de 1669 al embajador francés su triple objeto, á saber: proclamarse

inmediatamente católico, favorecer y apoyar las pretensiones de Luis XIV a la sucesión de España y declarar la guerra a Holanda; en cambio de lo cual pidió en el proyecto de convenio que un mes después remitiera a París: la suma de cinco millones de libras francesas, del despojo de España la isla de Menorca y Ostende, y del despojo de Holanda Walcheren, Cadsand y Sluys; pretensión por cierto humildísima comparada con el aumento colosal de poderío y territorio que correspondía a Francia en el reparto. No hay duda que el auxilio de Inglaterra contra la Holanda y la España debía halagar mucho a Luis XIV, y que nada tenía que objetar contra el modesto acrecentamiento territorial de Inglaterra; pero lo que no le gustó fué la conversión inmediata y pública del rey Carlos al catolicismo, ni la cantidad de los cinco millones que pedía, porque nada le importaba que la Inglaterra y su rey fuesen protestantes o católicos; pero le importaba mucho la revolución que podía provocar un paso tan decisivo como estaba dispuesto a dar el rey Carlos, revolución que alejaría la cooperación de Inglaterra a sus proyectos por una serie de años, cuando no para siempre. Por su parte no se empeñó Carlos tocante a este particular, pues más le importaban sus planes egoístas y sus placeres que dar satisfacción a su conciencia religiosa, tan tibia como elástica, y así entró sin dificultad en las proposiciones más prácticas de su colega de Francia.

En junio del año 1670 llegó de visita a Inglaterra la hermana de Carlos, duquesa de Orleans, cuñada y confidente de Luis XIV. Era natural que su hermano saliese a recibirla en Dover, pero lo que el pueblo inglés no habría encontrado natural era el proyecto del tratado que la duquesa llevaba en el baul y que fué ratificado con el más profundo secreto en aquella localidad misma, uniéndose así la Inglaterra íntimamente con la política francesa contra la voluntad de toda la nación. En este documento se aplazaba por un tiempo determinado la conversión de Carlos al catolicismo, y se reducía la cantidad pecuniaria que Francia pagaría a la Inglaterra a la miseria de dos millones de francos en lugar de treinta! Lo importante era que Carlos se obligaba a defender las pretensiones de Luis XIV sobre la monarquía española, y más todavía la promesa de auxiliar al rey de Francia inmediatamente con un cuerpo inglés de 6,000 hombres y una escuadra de 50 navios de línea contra los holandeses, y la de emplear toda la influencia del país para atraer a todos los Estados de Alemania y del Norte a una alianza contra «el orgullo y la negra ingratitud de los Estados Generales de Holanda.» Por su parte recibiría Carlos del gobierno francés tres millones de subsidio anual por todo el tiempo que durase la guerra.

Carlos podía aducir como motivo de justificación de este tratado que los holandeses se habían mostrado poco amables en la ejecución del tratado de paz de Breda, que habían excluido a su sobrino Guillermo III expresamente de todo mando por mar y tierra, y finalmente, que convenía a Inglaterra aniquilar a su rival marítima más poderosa. Los primeros dos motivos eran de orden enteramente secundario, y el tercero pueril, porque ¿cuánto más peligrosa no se haría para Inglaterra la otra rival marítima, la Francia, si el tratado de Dover surtía efecto? Dueño la Francia de los Países-Bajos españoles con Amberes; dominando materialmente en todas las costas de la Península ibérica y de la Italia meridional y en las riquísimas colonias españolas de América, habría arrojado a la Inglaterra para siempre jamás del continente europeo y acaso también de todos los mares. En esto consistía la traición que Carlos II y sus tres sucesores del ministerio *dábala* hicieron al país que les estaba confiado. Esta obra fué coronada del modo que correspondía

a su carácter indigno, por Enriqueta de Orleans que llevó en su compañía como aliciente para su hermano, cuya índole disoluta conocía perfectamente, una muchacha hermosa de la Bretaña francesa, la cual efectivamente logró inflamar el corazón del depravado Carlos hasta el grado de desbancar a lady Castlemaine de su puesto de querida principal, y de encadenar a Carlos, como buena agente asalariada de Francia, a la política de su país.

Con espanto observaron los holandeses la creciente frialdad del gobierno inglés, que llegaba hasta a negarse a dar pasos cerca del emperador de Alemania para atraerle a la triple alianza; pero estaban lejos de sospechar toda la extensión de la traición de Carlos. Por lo demás, habría sido natural que el emperador, sin excitación de ninguna parte, hubiese buscado y aprovechado por su propio impulso todas las ocasiones de combatir en todos terrenos la preponderancia francesa, porque la Francia no solamente pesaba con toda su fuerza abrumadora sobre el imperio alemán, sino que amenazaba quitarle toda o la mayor parte de la herencia española. Además ¿no combatía la Francia desde casi dos siglos sistemáticamente a la casa de Habsburgo, y no había ya logrado arrojarla de su posición de primera potencia y reducirla a la insignificancia? Por la paz de Westfalia, en su mayor parte obra de la política francesa, había menguado el lustre del trono imperial de una manera lamentable. Con aquel tratado se perdieron los últimos restos del poder imperial soberano, y las últimas ilusiones de una Alemania unida o cuando menos confederada. Aquel tratado garantizaba expresamente a los príncipes y potentados de aquel país la soberanía en sus posesiones y territorios, y les autorizaba a hacer alianzas entre sí y con potentados extranjeros con la insignificante limitación de que tales alianzas no fuesen dirigidas ni contra el emperador ni contra el imperio. Al emperador le quitó el derecho de admitir las apelaciones de los estados o asambleas de notables contra el potentado su señor, es decir, el atributo de juez supremo del imperio. En fin, la paz de Westfalia había reducido el imperio alemán a un agregado de príncipes y ciudades sobre los cuales el emperador no tenía más facultades que la presidencia en las asambleas generales, y el percibo de los ingresos regulares de este monarca que llevaba el ostentoso título de «Emperador electo y acrecentador del sacro imperio romano» y que recibía la suma de 13,844 florines 32 kreutzer anuales!

No es pues de extrañar que el emperador mostrara tan poco interés por un mecanismo que no se sabía si calificaba de embarazo o de apoyo para la casa alemana de Habsburgo. La consecuencia fué que esta familia concentró en adelante todo su interés en aumentar sus dominios directos y propios, que hasta la guerra de los Treinta Años habían sido de poca extensión, porque el Tirol, el Austria Anterior con la Alsacia, la Carintia y la Carniola pertenecían a ramas laterales de la familia, y la Hungría se hallaba en su mayor parte en poder de la Turquía. Los únicos países que poseía la rama principal eran el archiducado de Austria, la Bohemia con la Moravia y las dos Lusacias. Claro es que con territorios tan modestos no podían los emperadores de la casa de Habsburgo medirse ni competir con potencias como España, Francia y aun Inglaterra. Posición tan reducida podía haberse soportado mientras le prestaba brillo y una gran influencia moral la dignidad imperial; pero no bien quedó reducida esta última por la paz de Westfalia a un mero nombre vacío de significación, sintieron los Habsburgos la necesidad de compensar esta pérdida con un aumento territorial equivalente y de continuar en el número de las grandes potencias europeas por medio de un dilatado imperio propio con su gran número de súbditos correspondientes, ya que era cosa averiguada

que la dignidad imperial electiva no volvería a levantarse.

Esta tendencia había sido favorecida por las circunstancias ya en la guerra de los Treinta Años por la reincorporación de la línea estiria con la Carintia, Carniola y Estiria cuyo soberano Fernando II subió en 1619 al trono imperial. Por otra parte se perdieron la Alsacia conquistada por la Francia y la Lusacia que ocupó la Sajonia, pero la rama imperial adquirió el Austria llamada Anterior, y finalmente, en 1665 incorporóse también el Estado del Tirol, la más antigua de todas las posesiones de la casa de Austria, las cuales con esta última adquisición formaron una superficie respetabilísima. Pero de ahí no pasaban las ventajas, porque no correspondía la importancia material y política a la extensión superficial (1). No formaban las diferentes provincias ni con mucho un conjunto homogéneo, y cada una tenía su historia, origen é idioma, constitución y usos distintos. Los empleados eran demasiados para el trabajo y tan rudos é ignorantes como perezosos é inmorales. La rutina y el favoritismo dominaban en toda la administración. Los impuestos mal repartidos se cobraban de un modo irracional y se empleaban del mismo modo. Faltando al gobierno todo crédito, tenía que tomar prestadas las sumas que necesitaba a un interés exorbitante que pasaba del 10 p 100, además de aceptar como metálico géneros que solo podía vender con grandísimas pérdidas; y a todo esto se agregaban las defraudaciones más descaradas de sus más altos funcionarios. Bastan estos datos para formar una idea del estado de desorganización en que se hallaba la hacienda, cuyos ingresos anuales, 12 millones de florines, no bastaban ni para el solo ramo del ejército. La industria estaba en su infancia y los preciosos recursos naturales de las provincias no se aprovechaban por falta de espíritu mercantil y de los elementos más indispensables. Las tentativas y disposiciones mejor calculadas para fomentar la industria se estrellaban contra la inercia ignorante de la población, no madura todavía para semejantes empresas, y contra la incapacidad é inmoralidad de los empleados. La población, de inteligencia poco desarrollada y en parte artificialmente embrutecida, no alcanzaba a comprender ideas algo elevadas como patriotismo y otras; su mente ruda y grosera solo se fijaba en goces materiales y en las prácticas religiosas cuyo sentido no comprendía. A esto se agregaba la falta de dinero, que a menudo echaba a perder las empresas más importantes cuando estaban a punto de dar resultados. Pero el obstáculo mayor y perenne, que con sus continuas amenazas y con los recursos que devoraba impedía todo desarrollo del poder austriaco, era la vecina Turquía, que a no ser por el auxilio de la Alemania habría acabado completamente con el Austria.

El emperador Leopoldo I, que había nacido en 1640, tampoco tenía ninguna de las cualidades que cautivan y atraen a los hombres aun sin querer. Su estatura y porte eran mezquinos, la mirada hosca, medio apagada, y en los últimos años de su vida pensativa y triste la cara estaba desfigurada por el labio inferior colgante. Falto completamente de resolución y de energía, dejaba continuamente escapar de sus manos las riendas del gobierno, a pesar de la opinión exagerada que tenía de su dignidad personal; de

(1) Johann Graf Mailath *Historia del imperio austriaco*, colección de Heeren y Ukert, Hamburgo 1834-50, 5 tomos; obra concienzuda y exacta, pero incompleta sobre todo en la parte de los asuntos exteriores.—W. Coxe, *History of the house of Austria* 3.^a edición, Londres 1837, tres tomos: una traducción alemana de la 1.^a edición se hizo por Dippold y Wagner en 1810-1817.—J. A. Fessler, *Historia de Hungría*, 2.^a edición por Ernesto Klein (Leipzig 1867-78).—J. W. Zinkeisen, *Historia del imperio turco en Europa* (Heeren y Ukert, Hamburgo y Gotha 1840-63) 7 tomos.

manera que su tan elevada bondad de carácter no era otra cosa más que incapacidad para tomar una resolución cualquiera. Así fué que dejó todos los negocios a cargo de los altos funcionarios, divididos en diferentes bandos que entre sí se hacían cruda guerra con grandísimo perjuicio de la cosa pública; y cuando vacaba algún puesto importante solo le proveía después de largas vacilaciones y al fin y al cabo guiado por el capricho del momento, sin atender a las cualidades de las personas que favorecía con sus nombramientos. Sabía muy bien que los empleados indignos le engañaban miserablemente y sin embargo no los castigaba, mientras sus servidores fieles pasaban miseria porque los malos se quedaban con todo. Las guerras no devoraban ni con mucho tantos recursos como defraudaban los empleados que no dejaban siquiera para cubrir las atenciones más perentorias del ejército y de la administración. Con este carácter irresoluto se hermanaban perfectamente cierta resistencia pasiva, terca, consciente é inaccesible a la desesperación, una tranquilidad de ánimo que ninguna catástrofe era capaz de conmover, y que fué para él en muchas ocasiones un poderoso auxilio, bien que el buen éxito de los sucesos solo dependía de las circunstancias. Como Habsburgo verdadero, era partidario ciego de las antiguas tradiciones de la Iglesia y de la monarquía; católico y absolutista fanático, consideraba toda otra opinión como un crimen de los más execrables, y por esto tratándose de protestantes en religión y de liberales en política, no conocía misericordia, y la crueldad con que los persiguió forma un contraste terrible con su debilidad de carácter en las demás cosas. Su devoción era tan grande, que nada emprendía sin la aprobación de su confesor, por lo regular un padre jesuita, al cual no solamente sometía sus disposiciones políticas, sino hasta los planes de campaña. Los proyectos más inocentes de reforma, por ineludibles ó útiles que fuesen, se estrellaban contra el espíritu rutinario, terco y obtuso de Leopoldo I. En su vida doméstica era un modelo de cariño y de fidelidad, y tanto su exterior y traje como su género de vida eran invariables y estaban monótonamente regulados por la más escrupulosa etiqueta.

En Hungría no conservaba el emperador más que los comitados ó distritos occidentales entre el March y la selva Baconia, los situados al pie de los montes Carpacios y la mayor parte de la Croacia. Los comitados del centro y de la Hungría Baja, así como la Eslavonia, la Sirmia y el Banato estaban en poder de los turcos. En Ofen residía un bajá. La Transilvania y la parte Nordeste de la Hungría propiamente dicha pertenecían a la casa de Rakoczy que reconocía como soberanos a la vez al emperador de Austria y al sultán. En la parte de Hungría que reconocía la autoridad del emperador era muy limitado el poder de este, como que no era allí rey por derecho hereditario sino por elección de los magnates, que en lugar del emperador podían elegir a cualquier otro príncipe de la casa de Habsburgo. Además la bula llamada de oro de Alejandro II limitaba mucho el poder de la corona y favorecía el de la nobleza, cuyos individuos componían los Estados generales a los cuales incumbían el poder legislativo, la votación de las contribuciones y en general la defensa de los intereses del país, y de este derecho hacían el debido uso quejándose sin rodeos y aun con insolencia de los abusos y defectos de la administración imperial. Este parlamento debía reunirse cuando menos cada tres años, y constaba de dos cuerpos: el de los magnates y el de los brazos ó estados. En el primero entraban los prelatos y barones por sí ó por sus representantes, y en el segundo la nobleza baja y los enviados de las ciudades libres y de las dependientes directamente de la corona. Cada noble tenía el derecho de insurrección, es decir, que podía echar mano